

Europa y las vacunas

Xavier Vives



La Unión Europea ha quedado muy rezagada en el proceso de vacunación de la pandemia con solo un 2% de la población vacunada. Muy poco en relación con países como los EE.UU. (7%), el Reino Unido (11%) o Israel (cerca del 50%). La causa principal del retraso es la lentitud burocrática en el proceso de aprobación de las vacunas en la UE, unido a una negociación también dilatada con las empresas suministradoras. Se apuró la negociación intentando obtener mejores condiciones de precio y especificando las responsabilidades en los contratos. Esta contratación ha tenido un efecto secundario muy desafortunado: la posible desviación de vacunas que debían llegar a la UE a países que han negociado antes y con mejores precios para la suministradora. El conflicto con AstraZeneca, que puede proporcionar un 50% o 60% menos de las vacunas desarrolladas con la Universidad de Oxford prometidas a la UE en el primer trimestre del 2021, ha estallado entre acusaciones mutuas. La UE ha implementado un mecanismo de control de exportaciones de vacunas para asegurar que las empresas suministradoras cumplen sus contratos. También activó, y retiró posteriormente, la “opción nuclear” de endurecer los controles en la frontera de Irlanda del Norte para evitar fugas indeseadas. La reacción proteccionista en la pandemia es muy fuerte cuando la salud está en juego: retrasos de semanas en la vacunación implican un número más elevado de muertes.

En los despachos de la Comisión Europea se puede pensar que la Pérfida Albión ha vuelto a salirse con la suya mostrando una mayor flexibilidad, y un cierto espíritu pirata, frente a la pesada maquinaria burocrática europea. Un muy mal principio para la con-

vivencia post-Brexit. Se puede interpretar como la tensión entre el mercado representado por el Reino Unido y las reglas representadas por la UE. Es una clara advertencia para Europa: el fantasma de *Singapore on Thames* reaparece.

La UE hizo bien en centralizar la compra de vacunas y evitar así una competencia entre los países europeos que hubiera encarecido su compra. Además, esta centralización aseguraba que la distribución de las vacunas en la UE no respondería a la capacidad económica de cada Estado miembro sino a las necesidades de la población. De hecho, una centralización global a través de las Naciones Unidas hubiera sido más adecuada para enfrentarse a la pandemia que es global en lugar de utilizar las vacunas como instrumento de influencia geopolítica tal como ha-



JCCM / EP

La investigación en el campo de la salud es una pieza fundamental de nuestra prosperidad

cen Rusia y China. El problema para la UE, parecido al que sufrió la compra centralizada de material sanitario en la primavera del 2020 en España, es que la Comisión Europea no tenía el conocimiento experto en compras de este tipo.

La guerra de las vacunas pone en primer plano, además, la importancia crucial de la investigación científica, de su financiación adecuada, de la necesidad de un entorno adecuado para los científicos y de una conexión fluida con las empresas. El gran éxito del desarrollo en tiempo récord de las vacunas es una gran victoria de la ciencia. En Alemania el orgullo es la empresa BioNTech,

fundada por dos hijos de inmigrantes. Sin embargo, la ciencia florece en un entorno adecuado. En Francia se están preguntando cómo es que el país de Pasteur no haya sido capaz de desarrollar una vacuna, y cómo es que muchos de los mejores científicos franceses trabajan en países anglosajones, Estados Unidos en particular. Francia ha quedado rezagada a pesar de que la respuesta hay que buscarla en el sistema burocrático francés, unos procedimientos de financiación farragosos, y barreras a la iniciativa empresarial. El Reino Unido ha gestionado pésimamente el control de la pandemia, es el líder en muertes por cien mil habitantes según los índices de la Universidad Johns Hopkins, pero tiene un sistema científico muy potente, un sistema universitario competitivo, una burocracia ligera, y una mejor conexión entre ciencia y empresa. Boris Johnson puede vindicar el Brexit ahora.

En España no estamos lejos del escenario francés. A pesar de los progresos científicos de las últimas décadas, tanto Catalunya como España se han alejado todavía más de la media de la eurozona en inversión en I+D sobre el PIB después de la crisis del 2008-2012. Los fondos europeos de la Next Generation European Union (NGEU) pueden contribuir a revertir la tendencia, o como mínimo a evitar que esta infrainversión se agudice pospandemia. En la encuesta que el centro sector público-sector privado (PPSRC) del Iese ha realizado a instituciones representativas de la sociedad civil se apunta a la inversión en tecnología y capital humano (atracción y retención de talento) como pilares para el uso de los fondos NGEU con el fin de aumentar la productividad de la economía y el bienestar social. Por ejemplo, la ampliación y mejora de infraestructuras científicas como el Barcelona Supercomputing Center (BSC) y el Sincrotrón Alba pueden servir para desarrollar proyectos de biotecnología que impulsen la investigación sobre vacunas. Si una cosa hemos aprendido de la pandemia es que la investigación en el campo de la salud es una pieza fundamental de nuestra prosperidad.●

X. VIVES, director del PPSRC del Iese

Rangún, villa de bodas y delirios

Joaquín Luna



Guardo muy buen recuerdo de las ciudades delirantes donde manda el absurdo. ¿Cuál es la ciudad más delirante que ha visitado? Las mías son Pyongyang y Rangún, que encima siguen en sus trece.

Lo de Rangún era y sigue siendo una pena. El despropósito. Pasé una semana como turista ful –vetaban a periodistas– tras la concesión en 1991 del Nobel a Aung San Suu Kyi, cuya altivez oxfordiana sedujo a medio mundo (aún me cautiva). Confinada en su mansión del 58 de University Road, desafiaba a unos militares feos y bajitos. Hasta hoy.

Como Calcuta, Rangún es una reliquia victoriana. Edificios de ladrillo decrepitos, cables tendidos y fachadas de palacios del cinema con carteles gigantescos en cuyas butacas debieron de sentarse Neruda y Orwell, residentes ilustres en los tiempos cosmopolitas de Rangún.

Desde 1962, vivían bajo el “socialismo a la birmana”. ¡Mira que le costó a tantos intelectuales reconocer el fracaso flagrante del socialismo caribeño, coreano o indochino!

¿Cuál es la ciudad más delirante que ha visitado? Las mías son Pyongyang y Rangún

Me alojaba en el mejor hotel, el Inya Lake, regalo soviético, donde cada mediodía celebraban banquetes nupciales de posibles. Comida de alta mediocridad y el espectáculo muy entretenido. ¡Eso eran bodas: no los divorciaba ni Dios! Había otro comensal occidental que resultó ser un capitán mercante griego que contrataba tripulaciones y sostenía que los birmanos eran buenos pero menos que los filipinos.

El Inya Lake tenía un ostentoso libro de firmas de honor en el vestíbulo donde todo quisqui se ciscaba en el mal servicio, las tarifas y el desinterés de los empleados.

Todo cuartelero y burocrático, de ahí que en el Museo Nacional impedían el paso a los contados turistas, a los que remitían a una lejana oficina estatal para solicitar –no vender– la correspondiente entrada.

Un anticuario me timó lo justo con una estatuilla budista de plata vagamente erótica, con la duda de si la requisarían en el aeropuerto. El guía oficial –un cantamañanas– me tranquilizó: esto lo arreglamos con unos kyats, otro detalle delirante porque había billetes de 45 y 90 kyats. El trámite aduanero fue de traca. Retuvieron mi maleta, me hicieron pasar a la zona de embarque para adquirir en el *duty free* una botella de Johnnie Walker etiqueta negra y volver para dejarla *olvidada*.

Algo me dice que en Rangún, desposeída de su capitalidad en el 2005, la vida sigue igual.●

Una de las razones por las que muchos votantes de Trump lo amaban tanto era por su “coherencia”. Esa coherencia que se atribuye a aquellos que son “consecuentes con la palabra dada” o que “hacen lo que prometieron”. “Lo volveré a votar porque hizo lo que dijo que haría” no es una frase que esgrimen solo los votantes de Trump, se esgrime a menudo en periodo preelectoral. Hasta tal punto se supone que “hacer lo que uno ha prometido” es un valor en sí mismo que se diría que para muchos tiene más valor el hecho de cumplir que el carácter de la promesa. También Hitler hizo lo que prometió: prometió que no dejaría a un judío vivo y exterminó a seis millones. Solo la muerte impidió a este hombre coherente suprimirlos a todos.

Tal vez la verdadera persona “de palabra” (esa en la que todos podríamos confiar) no es la que cumple lo prometido, sino la que se compromete con el instante presente y, en ese preciso momento, no en otro, expresa su voluntad sincera de poder hacer lo que dice. Tal vez quien debe inspirarnos confianza es aquella persona que no

EL RUNRÚN

Imma Monsó



De la coherencia

es esclava de su propia palabra ni la sigue con ciega fidelidad sin importar el cambio de las circunstancias. Tal vez solo debemos confiar en quien sabemos capaz de ser flexible como el junco, de tener la dosis de autocrítica suficiente para cambiar y el coraje para decir: “He cambiado de idea”.

Cumplir promesas no es un valor en sí mismo, en todo caso, lo que se promete puede serlo o no: respetar a los demás o querer que todos tengan un mínimo para vivir con dignidad puede ser un valor en sí mismo, prometer eso en política y no cumplirlo puede ser, y lo es a veces, una mentira. Pero puede también ser una imposibilidad coyuntural de cumplir lo prometido. De ahí que oír a diestro y siniestro cómo exigen los votantes el mantra de la coherencia y cómo la esgrimen los candidatos, unos para atribuírsela a sí mismos, otros para reprochar a los adversarios la falta de ella, muestra la superficialidad del debate y la necesidad de escudarse tras pretendidos valores que nos evitan ir al fondo de la cuestión: ¿Adónde llevan y qué significan algunas promesas? ¿Qué aporta la inmovilidad de la coherencia frente a la humana contradicción que te hace dudar y por tanto permite cambiar? Porque si el valor excesivo que se concede a la coherencia nos impide reflexionar el sentido de las acciones que resultan de un determinado discurso, mil veces mejor continuar en la contradicción que seguir pegado a la coherencia.●